

# Cuerpo y poder. Impacto del pensamiento de Michel Foucault en el feminismo norteamericano de finales del Siglo XX

*Ariel Martínez*

## A modo de introducción: El cuerpo del feminismo

Actualmente la categoría cuerpo constituye un escenario que nuclea aportes teóricos de diversas disciplinas. La teoría feminista no es la excepción, pues se ha ocupado de dar espesor al cuerpo y su compleja relación entre sexo y género. A partir de Simone de Beauvoir, dicha teoría ha apuntado a explicar la opresión de las mujeres y a alcanzar el logro de relaciones más igualitarias entre ellas y los varones (Femenías, 2000; Dorlin, 2009). La categoría mujer advino en el epicentro de todo intento de explicar la subordinación. Luego, la categoría género introdujo nuevas aristas en el debate; el análisis ahora relacional y contextualizado permitió poner en cuestión la noción de mujer ahistórica, esencial y universal (Cangiano & DuBois, 1993). El género permitió explicar la diferencia entre varones y mujeres en términos relacionales e históricos, así como también instaló una profunda denuncia sobre el ordenamiento que distribuye de modo no equitativo el poder entre varones y mujeres (Burin&Meler, 1998; 2000). Pero si se trata de destacar un avance nodal respecto de la introducción del género en el campo del feminismo, este refiere a la posibilidad de quitar la subordinación de las mujeres del campo de la naturaleza.

En este contexto, género y sexo son conceptos diferenciales. Por un lado, el sexo refiere a un hecho biológico; el género, por su parte, da cuenta del conjunto de significados que diferencian, se adjudican al sexo. Señala Jason Glynos (2000) que el modo en que se diferencian tales conceptos, y esta forma en que

se articulan, sostienen una perspectiva denominada fundacionalismo biológico. En él, sexo y género, lo biológico y lo social, constituyen dominios autónomos, donde el primero es capaz de inhibir las posibilidades del segundo. En este sentido, el sexo proporciona un punto de referencia incuestionable, la identidad específicamente femenina encontró su soporte en el incontestable dimorfismo que el sexo impone al cuerpo así naturalizado.

Esta idea moderna de cuerpo, entendida como una unidad autónoma y orgánica, localiza al sexo como una superficie pasiva, fija y prediscursiva, determinada biológicamente (Fernández, 2003). El género, entonces, constituye la interpretación cultural del sexo. Así, el género es a la cultura, lo que el sexo es a la naturaleza.

## Cuerpo y poder: un entramado complejo entre materialidad y lenguaje

A fines de los años 80 el pensamiento de Foucault impactó fuertemente sobre las producciones académicas desarrolladas en el interior de los *Gay and Lesbian Studies* en Estados Unidos. Los desarrollos teóricos reunidos en el primer volumen de *Historia de la sexualidad –La voluntad de saber–* permitieron dar un giro al modo en que el activismo gay-lésbico concebía la sexualidad y, a partir de allí, gestionaba e implementaba estrategias políticas ancladas, fundamentalmente, en el objetivo de liberar o emancipar identidades sexuales no normativas.

Actualmente, los desarrollos de Foucault se encuentran en la base de la proliferación de la teoría *queer*. Dicha teoría ha desestabilizado la categoría sexo a partir de las fuertes críticas esgrimidas contra la noción de identidad y naturaleza (Butler, 1999; Nouzeilles, 2002). La tendencia actual de entender las identidades en términos fragmentarios arrastra hacia el debate a la clásica distinción sexo/género. La diseminación de las ideas posestructuralistas a principios de los setenta (frecuentemente vinculada con Foucault y Derrida) instaló fuertes críticas a las oposiciones binarias. Por otra parte, la idea de naturaleza comienza a cuestionarse como un existente localizado por fuera de los discursos sociales. La idea de naturaleza, entonces, se encontraría configurada por interpretaciones de un momento histórico particular con fines legitimadores de un estado de cosas. En este sentido, lo natural debe entenderse como lo profundamente arraigado en convencionalismos sociales (Haraway,

1992). Desde este punto de vista teórico, la noción de género se extiende hasta abarcar la oposición misma de sexo/género (o naturaleza/cultura), entendida como un efecto discursivo que ubica tal oposición por fuera de los límites del discurso, pues es el propio discurso el que genera la distinción discursivo/extradiscursivo. Por tanto, sexo y género no adquieren su valor oposicional por fuera de los significados culturales.

A partir de Foucault, Judith Butler sostiene que el sexo se produce a través de un proceso de materialización (Butler, 1993a). Este enfoque foucaultiano permite afirmar que los discursos no solo describen el cuerpo sino que también formulan y constituyen sus realidades materiales (Foucault, 2008a). Estos significados no son originales y no se encuentran localizados o anclados en el interior de los organismos individuales, sino que circulan en los discursos y prácticas culturales y sociopolíticas significativas e históricamente mutables que describen e inscriben el cuerpo y la identidad. Los enfoques posestructuralistas entienden el discurso como constitutivo de regímenes de verdad sobre el cuerpo, como prácticas que forman el cuerpo al tiempo que regulan la subjetividad corporizada mediante la identidad de género, entendida como agencia de control subjetiva (Burns, 2003). En esta línea, Judith Butler, junto a otras teóricas feministas revisionistas (Haraway, 1995, entre otras), ha impuesto un giro a los debates acerca de la corporalidad y el desarrollo psicológico (Matisons, 1998; Chambers, 2007), incluso ha introducido producciones de gran influencia en lo que respecta a identidad de género y su impacto en la construcción de la morfología corporal (McNay, 1999).

Cada declaración sobre el cuerpo, aunque sea descriptiva, lo muestra de una manera específica. Cada forma de ver o experimentar el cuerpo se encuentra necesariamente mediada por el lenguaje. En *Vigilar y castigar*, Foucault (2008a) describe la formación de la “materialización” del cuerpo del prisionero en términos de proceso. También es posible hallar la misma línea de abordaje en el primer volumen de la *Historia de la sexualidad*. Si bien por momentos pareciera que el cuerpo tiene una materialidad que preexiste a las relaciones de poder que lo constituyen, en *Vigilar y castigar* es posible detectar una relación diferente entre materialidad del cuerpo y poder. El alma aparece como un instrumento del poder a través de la cual se forma, se produce, se realiza el cuerpo.

Foucault sostiene que el alma es un ideal regulativo y normativo que modela el cuerpo. En palabras del autor: “El hombre del que se nos habla y

al que se invita a liberar, es ya en sí mismo el efecto de una sujeción mucho más profunda que él mismo. Tiene un alma que lo habita y le da existencia y que es en sí misma un factor del dominio que ejerce el poder sobre el cuerpo. El alma es el efecto y el instrumento de una anatomía política, el alma es la cárcel del cuerpo” (Foucault, 2008a:39). El alma le da existencia al prisionero, forma y modela el cuerpo. Esta sujeción que plantea el autor no implica solo subordinación en términos represivos: es también una producción de sujeto. En estos términos no es posible pensar el cuerpo como articulado políticamente mediantemente dentro de una operación de poder. Por medio de dicha operación el poder produce los mismos sujetos que sujeta. Es así que para Foucault el poder forma y regula los cuerpos.

Para Butler (1993a), Foucault toma la figura de los prisioneros para afirmar que la estrategia no es ejecutar una represión de sus deseos, sino obligar a sus cuerpos a significar la ley prohibitiva como esencia. De esta manera es que se producen cuerpos que significan la ley como la esencia de su yo, el sentido de su alma, su conciencia, la ley de su deseo. La ley, entonces, no es externa a los cuerpos que subyuga y subjetiva/sujeta. Por otra parte, según Foucault (2008a), el alma no es un efecto ideológico ilusorio. De acuerdo al autor, todo parece indicar que el alma posee una realidad que se produce permanentemente por el funcionamiento del poder que se ejerce sobre los cuerpos de los individuos castigados. Resulta interesante destacar la novedad que introduce la perspectiva de Foucault. El cuerpo es un sitio donde los regímenes de discurso y poder se inscriben al tiempo que lo construyen como tal. Esta idea sugiere que el cuerpo no preexiste a tales inscripciones, una superficie disponible para advenir sitio de su propia construcción. Para Foucault el cuerpo pareciera no ser ontológicamente distinto a los procesos de construcción.

La hipótesis foucaultiana formulada en *La voluntad de saber* refiere a que el poder está en todas partes. El poder, para Foucault, no es una sustancia sino una relación; no es algo que se posee sino que se ejerce. El poder es intrínsecamente relacional: se trata de relaciones de poder. Por otra parte, no es exclusivamente negativo, no se trata del poder de negar o de suprimir. Es también productivo: produce posibilidades de acción. Para el filósofo francés, el poder opera en la constitución de la materialidad misma del sujeto, simultáneamente forma y regula al sujeto. En este contexto conceptual, el cuerpo no constituye una materialidad independiente que solo posteriormente

es constreñida por relaciones de poder exteriores. Cuerpo y poder parecen ser coextensivos. La materialidad del cuerpo designa cierto efecto del poder, es el poder en sus efectos formativos. Contrariamente a esto, los efectos materiales del poder suelen ser considerados hechos primarios, datos que existen *a priori*. En esta línea, por ejemplo, los cuerpos suelen ser presentados en términos de positivities materiales que se localizan, de manera naturalizada, fuera del discurso y el poder, como referentes indiscutibles. Dicha naturalización resulta, desde esta perspectiva, un producto efectivo de los arreglos de poder que entretejen los regímenes discursivos que capturan y constituyen el cuerpo. Por tanto, cuando el cuerpo es entendido como dato primario, como punto de partida y no como efecto material del poder, se enmascaran las relaciones de poder que lo constituyen (Sawiki, 1991).

Las consideraciones que se desprenden de este posicionamiento teórico son complejas. Delimitar la materialidad del cuerpo como exterior al lenguaje no deja de ser un modo de postular dicha materialidad desde el lenguaje. Por tanto, todo intento de asignar a la materialidad una ontología ajena al lenguaje significa negar la correspondencia del lenguaje a ese ámbito de exterioridad. Por ello la distinción radical y absoluta entre materialidad y lenguaje que pretende asegurar la función referencial de este último termina por socavar esa misma función. Si bien esto no implica reducir el cuerpo a materia lingüística, no se debe perder de vista que lenguaje y materialidad se anudan de manera compleja (Butler, 1993a).

A partir de Foucault (2008a, 2008b) es posible pensar en una ontología política del cuerpo. La materialidad del cuerpo no puede ser entendida al margen de los discursos, pues está significada desde el inicio. Las categorías que designan la materia y el cuerpo pertenecen al lenguaje. Sin embargo, el cuerpo, su materialidad, es postulado y anclado antes, o por fuera, del lenguaje. Entonces, su carácter de *a priori* no es más que un efecto de significación. Desde la óptica de Foucault, por tanto, no hay configuración del cuerpo antes de las operaciones del poder que integran el discurso. Si la materialidad está ligada a la significación desde el principio, la relación entre cuerpo y lenguaje —sobre todo los intentos de desentrañar cuál de los términos se encuentra causalmente primero— produce una circularidad sin fin.

En otro segmento de su obra *La arqueología del saber*, Michel Foucault distingue entre “formaciones discursivas y unos dominios no discursivos

(instituciones, acontecimientos políticos, prácticas y procesos económicos)” (Foucault, 1970: 272). La tarea de la arqueología, explica, consiste en examinar las relaciones entre los hechos enunciativos o discursivos y los sistemas no discursivos, para definir formas específicas de articulación (Foucault, 1970). Rechaza tanto el análisis simbólico como el análisis causal. En el caso de la medicina clínica, afirma: “Un análisis simbólico vería en la organización de la medicina clínica, y en los procesos históricos que le han sido concomitantes, dos expresiones simultáneas que se reflejan y se simbolizan la una en la otra, que se sirven recíprocamente de espejo, y cuyas significaciones se hallan presas en un juego indefinido de remisiones: dos expresiones que no expresan otra cosa que la forma que les es común” (Foucault, 1970: 272-273).

El análisis causal, por otra parte, intenta mostrar que ciertas prácticas no discursivas determinan la conciencia en una variedad de niveles. Por lo tanto, en lo que respecta a los científicos médicos, el análisis causal tiene que demostrar que los intereses, valores, percepciones y la racionalidad son el resultado causal de ciertos cambios políticos y de nuevos desarrollos de procesos económicos e industriales externos a ellos. En palabras del autor: “Un análisis causal, encambio, consistiría en buscar en qué medida los cambios políticos, o los procesos económicos, han podido determinar la conciencia de los científicos: el horizonte y la dirección de su interés, su sistema de valores, su manera de percibir las cosas, el estilo de su racionalidad” (Foucault, 1970: 273).

Tanto la simbolización como la causalidad requieren un campo de positividades formadas de acuerdo con las normas, mientras que la arqueología es una cuestión de relaciones; por ende, deshace positividades. El análisis arqueológico de la medicina clínica descrito por Foucault descubre cómo y de qué forma los sistemas no discursivos tales como las prácticas políticas participan en las condiciones de emergencia, la inserción y el funcionamiento del discurso médico en sí. Las prácticas políticas abren nuevos campos para el mapeo de objetos médicos; adjudican un estatus privilegiado al médico, que se convierte en el enunciator exclusivo de ese discurso, y atribuyen al discurso médico la función de juzgar a las personas, tomar decisiones administrativas, establecer normas, traducir, resolver u ocultar conflictos, y proporcionar modelos naturales para la sociedad. Pero a su vez, la práctica médica, referida a un campo particular de objetos, en las manos de las personas designadas como calificadas y ejerciendo funciones sociales, “se articula

sobre prácticas que le son externas y que no son ellas mismas de naturaleza discursiva” (Foucault, 1970: 276).

En *Historia de la sexualidad*, las afirmaciones de Foucault (2008b) también parecen estar teñidas de esta compleja relación, por momentos circular. El autor afirma que desde finales del siglo XVIII se ha configurado un dispositivo de la sexualidad que hizo del sexo una preocupación del cuerpo social en su conjunto. Según su análisis, “La ‘sexualidad’ es el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales por cierto dispositivo dependiente de una tecnología política compleja” (Foucault, 2008b: 122), es decir, por el despliegue de la sexualidad. La presencia de esta circularidad en el análisis de Foucault no desestima la relevancia de los aportes contenidos en sus argumentos.

Más allá del complejo grado en el que se entrelazan discurso y práctica, otros aportes de Foucault sugieren que ningún acontecimiento o fenómeno queda fuera del alcance del poder discursivo. Como resultado de esto, el poder discursivo adquiere un carácter totalizante. El filósofo alude al panóptico como el “diagrama de un mecanismo de poder referido a su forma ideal” (Foucault, 2008a:237); invoca la noción de esquema para pensar el modo en que en nuestras sociedades el poder disciplinario controla todo el campo, de manera que todo el campo no discursivo es finalmente reducido a una forma discursiva de poder.

## Impacto del pensamiento de Foucault: Judith Butler y la teoría *queer*

El pensamiento de Judith Butler constituye la emergencia del impacto del pensamiento de Foucault en el feminismo norteamericano. Sintéticamente, a partir de Foucault (2008a, 2008b) la autora sostiene que el sexo no es otra cosa que el producto de una estrategia biopolítica de instauración de un soporte prediscursivo, naturalizado, sobre el cual se instaura un sistema dicotómico de clasificación de las identidades y orientaciones sexuales posibles para un sujeto. Es decir que la materialidad de los cuerpos responde a una construcción lingüística ligada a estrategias de poder y constituye la superficie de una invención social que tiene lugar dentro de un marco cultural que exige que el sexo sea diádico, hetero y estable. De este modo, se asegura la estabilidad y el marco binario del sexo (Femenías, 2003).

En esta perspectiva Butler (1993a) aborda la categoría cuerpo en términos de construcción. Resulta difícil evadir las dificultades de pensar o atribuir un significado a un cuerpo antes de la marca social del género. La distinción de las categorías sexo y género presupone la idea de que el género es un significado que recubre un cuerpo que anteriormente ya ha sido diferenciado sexualmente —cuya diferenciación es biológica o natural—. Cuando se delimita el sexo como tal, ya se construyen y se normalizan ciertas formas de diferenciación. Las diferencias anatómicas no preceden a las interpretaciones culturales de la diferencia, sino que son en sí mismas una interpretación cultural que descansa en supuestos normativos naturalizados. Butler aborda la problemática que encierra la diferencia sexual sin perder de vista que dicha diferencia se asienta sobre la estabilidad fundamental del sexo binario como norma artificial, que instaura una heterosexualidad obligada y realiza su llamada violencia al regular lo que es y no es designable (Butler, 1999).

La propuesta butleriana es compleja. Si el sexo mismo es una construcción, es posible deconstruir los cuerpos, ya que estos no tienen existencia significable independientemente de sus marcas de sexo/género. El sexo es una ficción, un constructo discursivo actuado performativamente (Butler, 1993b) al que es posible desmantelar para instaurar la proliferación paródica de otras formas. Para la autora es factible instituir nuevas significaciones que no necesariamente se ajusten a la lógica binaria que clasifica los cuerpos, y así construir posiciones que permitan una fuga de los esquemas falogocéntricos.

Sin duda, el pensador más citado en las producciones reunidas en este campo de estudios es Michel Foucault (2008a, 2008b). Sus ideas sirvieron como marco fundamental para el surgimiento de la teoría *queer*. Foucault ilustra el modo en que la sexualidad se constituye como tal al ser tomada como objeto de determinados saberes institucionales. Esto significa que mediante el examen de los discursos fue posible comprender cómo ciertos actos y conductas se transformaron en blanco de determinados discursos; por lo tanto fueron sujetos al poder disciplinario y así entrampados en identidades (como la homosexual) interiorizadas como atributos esenciales. La identidad en los escritos de Foucault, por lo tanto, está históricamente constituida (no es ahistórica). Este enlace entre discurso e identidad constituye el corazón de la teoría *queer*. Foucault también afirmó que el poder no es una propiedad ejercida por una mayoría dominante, sino que se trata de relaciones e interacciones. La idea particularmente impor-



tante para la teoría *queer*, sin embargo, fue que, en cualquier relación en la que opera el poder, también se produce la posibilidad de la resistencia.

El impacto del pensamiento de Foucault produjo, de este modo, un giro radical antiesencialista en la forma en que se venía pensando la identidad sexual. De estos aportes se desprenden los principios fundamentales de la teoría *queer*, los cuales se contraponen a —pero surgen a partir de— varias fuentes teóricas provenientes de los estudios gays y lésbicos de los años 1970 y 1980 en Estados Unidos. Este entorno sociopolítico albergó el proyecto de liberación de identidades sexuales no subsidiarias a la heteronormatividad. La teoría *queer* configuró una respuesta a los retos que planteaban tales políticas de la identidad en el marco de los movimientos de liberación gays, lésbicos y de otras minorías (Sawiki, 1991).

En este contexto, el sexo comienza a pensarse como una ficción regulativa (Femenías, 2003) que, como tal, debe ser desnaturalizada. Para ello, la teoría *queer* ancla el género en el lenguaje performativo para desvincularlo de los alcances del pretendido determinismo biológico del sexo.

## Bibliografía

- Burin, M. & Meler, I. (1998). *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M. & Meler, I. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Burns, M. (2003). *Interviewing: embodied communication*. *Feminism & Psychology*, 13(2), pp. 229-236. London, Thousand Oaks & New Delhi: Sage Publications.
- Butler J. (1999). *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*. New York & London: Routledge. (Trabajo original publicado en 1990).
- Butler, J. (1993a). *Body that matter. On the discursive limits of 'sex'*. New York: Routledge.
- Butler, J. (1993b). *Imitation and gender insubordination*. En: H. Abelove (Ed). *The Gay and Lesbian Studies Reader*. London: Routledge, pp. 307-320.
- Cangiano, M. C. & DuBois, L. (1993). *De mujer a género*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Chambers, S. (2007). 'Sex' and the problem of the body: reconstructing Judith Butler's theory of sex/gender. *Body & Society*, 13(4), pp. 47-75. Los Angeles, London, New Delhi & Singapore: Sage Publications.

- Dorlin, E. (2009). *Sexo, género y sexualidades* (V. Goldstein trad.). Buenos Aires: Nueva Visión (Trabajo original publicado en 2008).
- Femenías, M. L. (2000). *Sobre sujeto y género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Buenos Aires: Catálogos.
- Femenías, M. L. (2003). *Judith Butler: introducción a su lectura*. Buenos Aires: Catálogos.
- Fernández, J. (2003). Los cuerpos del feminismo. En: D. Maffía (Comp). *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Buenos Aires: Feminaria, pp. 86-96.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber* (A. Garzón del Camino trad.). México: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1969).
- Foucault, M. (2008a). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (A. Garzón del Camino trad.). Buenos Aires: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1975).
- Foucault, M. (2008b). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad Vol. 1* (U. Guñazú trad.). Buenos Aires: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1976).
- Glynos, J. (2000). *Sexual identity, identification and difference: a psychoanalytic contribution to discourse theory. Philosophy & Social Criticism*, 26(6), pp. 85-108. London, Thousand Oaks, CA & New Delhi: Sage Publications.
- Haraway, D. (1992). The Promises of Monsters: A Regenerative Politics for Inappropriate/d Others. En: L. Grossberg, C. Nelson & P. Treichler (Eds). *Cultural studies*. Londres: Routledge, (pp. 295-337).
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (M. Talens trad.). Madrid: Cátedra (Trabajo original publicado en 1991).
- Matisons, M. R. (1998). *The new feminist philosophy of the body: Haraway, Butler and Brennan*. *European Journal of Women's Studies*, 5(9), pp. 9-34. London, Thousand Oaks & New Delhi: Sage Publications.
- McNay, L. (1999). *Subjet, psyche and agency: the work of Judith Butler. Theory, Culture & Society*, 16(2), pp. 175-193. London, Thousand Oaks & New Delhi: Sage Publications.
- Nouzeilles, G. (2002). *La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América Latina*. Buenos Aires: Paidós.

Cuerpo y poder. Impacto del pensamiento de Michel Foucault  
en el feminismo norteamericano de finales del Siglo XX

Sawiki, J. (1991). *Disciplining Foucault. Feminism, power, and thebody.*  
New York/London: Routledge.